

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

QUIEN Y QUIEN NEGOCIOS DEL MARTILLO Y QUIEN DA MAS...

UNA curiosa forma de comercio está de moda hoy en las ciudades, los remates de mercaderías. En negocios con apariencia de simples tiendas, con sus escaparates mostrando géneros y objetos, sus mostradores y vitrinas interiores atestados de los mismos, en el más absurdo revoltijo de miscelánea, se ven siempre grupos de gentes que siguen atenta o distraídamente, la voz de un martillero que detrás de una improvisada tribuna va rematando una serie de artículos a cuales más diversos y dispares, desde un reloj de pulsera, hasta un lote de pañuelos de seda. A primera vista, uno cree que se trata de un remate obligado, por quiebra del negocio o cosa por el estilo, liquidación de todo; pero no es así y al preguntar se nos informa que es aquella clase de ventas una fórmula nueva beneficiosa a los compradores y a los vendedores. El comprador adquiere lo que el martillero ofrece más barato, y el vendedor, el propietario del negocio, logra salir de sus mercaderías más rápidamente. A la velocidad con que se vende, hasta 35 lotes por hora, se debe que se puedan hacer las ventas a precios verdaderamente bajos, si se compara con otros negocios, y el que los compradores ya se vayan habituando a realizar así sus adquisiciones.

Así las cosas, por ser los martilleros los «clercs» de estas misas y siendo cada vez mayor el número de ellos se necesita, tratarse de reglamentar lo que por la fuerza de las circunstancias se ha vuelto una verdadera profesión. Las asociaciones de martilleros discuten la posibilidad de que se establezcan en las escuelas comerciales estudios especializados, y una vez recibido el estudiante de martillero, que se les dé el carácter de Corredores Públicos. Y hasta elaborado un proyecto de ley que establece, además, los requisitos que habrá que llenar para obtener la matrícula de martillero público, sin

la cual no se podrá actuar como tal, juramento, fianza, certificado de buena conducta, etc.

Pero salgamos de los rigores de la ley, de la futura ley de martilleros, y volvamos a deambular por las calles, curioseando otros de estos negocios de martillo y quién da más. En lugar de los empleados que atienden al público, que ofrecen al cliente la mercadería que solicita, que le hace el artículo sobre la calidad del mismo, encontramos al martillero, con un reloj de pared en las manos, o con un Cristo, o con un juguete, o con una alfombra, anunciando que será el dichoso adquirente el que dé más. El martillero, los hay de todas caras y talantes, desde el escualido y avinagrado hasta el rubio caratón y afable, el martillero levanta lo que va a rematar y empieza a mover el martillo, de arriba abajo, sin golpearlo en el pupitre, anunciando las bondades y el precio de regalo que ofrece. Luego empieza la letanía de los «quién da más, quién da más». Entre el público hay un momento de suspenso, todos los ojos se dirigen al objeto que se ofrece, algunos codiciosos, otros indiferentes, luego se escucha un breve rumor, se oyen pasos indecisos de los que se van o de alguien que avanza, se acerca y quiere palpar lo que en ese instante puede ser suyo, si hace la oferta y no hay quien ofrezca más. Todos siguen a la espera. El martillero redobla su elocuencia, pondera, se desgañita, suda, se enrojece o palidece, se convierte en un orador sagrado o en un tribuno, mientras repite el valor de la oferta una y otra vez, en busca de alguien que dé más. De un momento a otro el martillo va a caer, a golpear la tribuna, y a partir de ese momento el objeto rematado será del que ofreció más.

Otras veces, sin saberse por qué, establécese la puja en-

tre dos o más adquirentes. Es como una lucha de amor propio la que se entabla entre ellos. A cada pregunta de «¿quién da más...?», se va subiendo el precio, la oferta. Cada cual de los que pujan aumenta y aumenta, olvidándose del valor real de su compra, transformada en algo que hay que defender a toda costa y, más propio decir aquí, a todo «costo». El martillero se siente en el séptimo cielo. Son los grandes momentos de su vida profesional. No siempre se dan estos duelos. Alza más los brazos, mueve más las manos, grita «¿quién da más...?», «¿quién da más...?», se echa hacia afuera del pupitre, la pechuga casi fuera de la camisa, la corbata que lo ahorca, para tratar de enardecer más y más a los contendientes, a los que de serenos compradores, de pacíficos vecinos, se han convertido en luchadores tremendos, en gallos de pelea.

Por último, la fatiga, el instante en que uno de los aspirantes se retira de la liza, y la voz del martillero, previo un golpe seco de su martillo, hace la adjudicación al que venció en la puja.

Una nueva prenda sale a la palestra y la voz del martillero, infatigable, vuelve a su «¿quién da más...?», monocorde al principio, dramático al final, mientras nosotros, espectadores de lo que pasa en la calle, nos alejamos pensando en aquel caballero que cruzó de parte a parte el cuerpo de un rey, en una puja medieval... sin que hubiera alguien que preguntara «¿quién da más...?», porque quién iba a dar más por el muerto..., aunque fuera rey...

Miguel Angel ASTURIAS

Premio Nobel

EL CLIMA DE «LO POLICIACO» FINAL DE UN GENERO

LOS comentaristas literarios que se dignan prestar atención a estos materiales ya lo han denunciado: la «novela policiaca» es un género a extinguir. En la actualidad, dicen, se advierte una clara decadencia en la producción, tanto en volumen como en atractivo. Se publica menos que antes, y no salen autores comparables a los «clásicos». La clientela también se está dando cuenta de que algo raro ocurre. Yo soy un viejo consumidor de esta especie de relatos, y no se me escapa el fenómeno. De un tiempo a esta parte, la mayoría de las novedades que las editoriales ofrecen se caracterizan por una evidente falta de interés: son papeles pobres en la intriga, desgarrados en la escritura, tópicos en la elección de ambientes y personajes. Resulta notorio el esfuerzo de la industria del ramo para remozar las fórmulas, desde luego. El recurso a la pimienta sexual, por ejemplo, constituye un truco muy socorrido. Como lo es el abuso de la violencia inmediata: palizas a diestro y siniestro. En el fondo, eso no es nada nuevo, pero siempre se consideró como accesorio. Al acentuar el espacio que se le concede, «lo policiaco» se desvirtúa. A menudo, las «novelas policiacas» tienden a confundirse con las «novelas de aventuras» para animar sus argumentos. Es todo un síntoma.

Y la verdad es que, probablemente, la sociedad en que vivimos ya no da mucho de sí, en este terreno. No porque haya disminuido la fluencia cotidiana de crímenes, claro está. Las secciones de «sucesos» de la prensa rebosan de acontecimientos delictivos. Pero todo ha cambiado. De un lado, no suelen ser hechos similares, pese a las apariencias, a los que nutrían la jornada laboral de Holmes, Vance, Poirot, Maigret o Masson. Por lo general, las situaciones planteadas no son «enigmáticas», y el proceso técnico de resolverlas se reduce a la persecución del delincuente. La «caza del asesino» no pertenece exactamente al ámbito de la «no-

vela policiaca». Es otro tipo de tema: la «aventura», si se quiere, en el sentido de peripecias físicas excitantes, basadas en la astucia y en la destreza de manejar puños, automóviles, armas de fuego. «Lo policiaco» estricto, según los cánones, consiste en «descubrir al culpable», cuando el culpable monta su episodio criminal en términos desconcertantes. Recuérdese que el «crimen perfecto» es el ideal de una buena narración detectivesca: el hecho sin pistas. Y así mismo la anécdota —variante de lo otro— del asesinato cometido en la habitación cerrada por dentro... De un lado, repito, no acostumbra a ser éste el esquema real de la crónica negra.

Del otro... Aquí reside, tal vez, la explicación. La «novela policiaca» auténtica descansa sobre la premisa convencional de que nos hallamos ante un enfrentamiento —digamos— en igualdad de condiciones: el criminal y el policía van cada cual a lo suyo, el uno a escurrir el bulto y el otro a evitar que el bulto se le escurra, y para que eso sea novelescamente sugestivo, las fuerzas han de estar equilibradas. De ahí la abundancia de detectives privados, a lo largo de la historia del género. La policía oficial cuenta con recursos superiores a los del contrincante criminal: si son excesivamente superiores, la cosa carece de gracia, y la novela es imposible. Maigret «descubre» sus asesinos sin más ayudas que un par de agentes y su oficio profesional. A lo sumo, el juego ha de ser el del gato y el ratón. Cuando, en vez del gato, se emplean raticidas químicos, ya no hay juego: no hay novela. Con una policía dotada de ficheros cibernéticos, de radios portátiles, de bombas lacrimógenas, de laboratorios insignes, el criminal no tiene nada que hacer. Le cazarán enseguida. En todo caso, el «descubrirle» no representará una gran dificultad.

La «novela policiaca» nació y prosperó en el seno del ya difunto Estado de Derecho ochocentista. Aquel tinglado jurídico-político no sólo se

inspiraba en principios y leyes de respeto apriorístico al ciudadano —habeas corpus—, «se es inocente mientras no se demuestre lo contrario», «es preferible la impunidad de un culpable que el castigo de un inocente», etc., sino que, además, no disponía de un utilaje de vigilancia y represión demasiado potente. Un falso residuo de esa perspectiva es la gendarmería británica, que, según dicen, no se sirve de pistolas ni metralletas. Scotland Yard, en cambio, cuenta con dispositivos mecánicos y de archivo tan apabullantes como los de cualquier otra institución paralela no anglosajona. Ya Agatha Christie prefirió valerse de Hércules Poirot o de aquella divertida viejecita de pueblo cuyo nombre siento no recordar... Con todas sus trampas de fondo, el Estado de Derecho articuló una posibilidad de convivencia bastante elástica, en la que, precisamente, la salvaguarda de la intimidad individual podía dar pie a una cierta indefensión frente al crimen bien calculado. Todavía se ve en las películas americanas alguna que otra insolencia del criminal en plena comisaría, cuando el comisario carece de «pruebas» para meterle en la cárcel... Ese era el clima de «lo policiaco».

Y se desvaneció, se desvaneció... El repertorio televisivo nos informa acerca del curso del proceso. «Cannon» es un fósil. «Ironside» ya no correspondía del todo al modelo tradicional. «Hawai 5-0» no pasa de ser una oficina de acosos trepidantes... La «novela policiaca» ha de ceder el paso a otras formas de relato «apasionante», para el entretenimiento menor de las multitudes. En última instancia, nos hallamos ante el retorno de Walter Scott: la «aventura» mediocremente feroz, o atribulada, de gánsters, espías o conspiradores. Los papeles de Ian Fleming, tan cómicos, respondían a los silenciosos ardores de la «guerra fría». De Fleming a Robbe-Grillet hay toda una literatura que conviene calificar «literatura de la OTAN», muy curiosa. Y

ese «Nada» de J. P. Manchette que ahora lanzan al cine en Francia, no es más que una historietta de frustración contestatario-anarcoide. En la cual, por cierto, no falta el rasgo pintoresco de un «catalán» en la pandilla, significativamente llamado Buenaventura Díaz... Walter Scott, ya digo. O Salgari, si el escenario es exótico, ex colonial o guerrillero. La mención de Verne nos llevaría a la «ciencia-ficción», y eso es otro embrollo.

Para el lector razonable y jovial, la «novela policiaca» venía a ser una propuesta de ingenio, que, escenificada con elementos factuales más o menos verosímiles, podía fascinar su ocio. No se trataba tanto de que, siguiendo el relato, se empeñase en «descubrir» por sí mismo al culpable de la fechoría, como de asistir al proceso investigador, deductivo o inductivo, o de instinto, mediante el cual el detective-protagonista llegaba a un resultado. Yo nunca me he preocupado por avanzar a la policía y adivinar quién es el criminal: lo bueno era —para mí— ver cómo el policía se salía con la suya, con los obstáculos legales y reales que el autor le colocaba en el camino. Si no existen tales obstáculos, los concretos obstáculos del Estado de Derecho paleopoliciaco, la narración es «Ivanhoe». ¿Qué es, sino «Ivanhoe»? «El espía que vive el frío»? Nada más lejos de Sherlock Holmes que el «007». El «007» es Robin Hood enrollado en las campañas anticomunistas del Intelligence Service, de la CIA o del Deuxième Bureau... Etcétera. La agonía de la «novela policiaca» representa la agonía de muchas cosas: salta a la vista cuáles. La perduración de «Ivanhoe» pediría una reflexión aparte. ¿No será una pura falacia?

Joan FUSTER

ACADEMIA PRACTICA

PELAYO, 11 BARCELONA

COMERCIO - IDIOMAS - SECRETARIADO - OPOSICIONES A BANCA Y CAJAS DE AHORRO - PERITAJE MERCANTIL - CULTURA GENERAL

HORARIOS: MAÑANA, TARDE Y NOCHE. -- AULAS INDEPENDIENTES POR ASIGNATURAS Y CURSOS

PROFESORADO ESPECIALIZADO

estrene hoy mismo

y fije usted el plazo

MENSUAL O SEMANAL

Aceptamos como entrada su viejo televisor del que le abonamos hasta 8.000 ptas.

TV. NUEVO
a partir de 200 pts.

PRIMERAS MARCAS

SATEL

ROA, SAN PABLO, 42-44
ESCUDILLERS, 3º

Tel 329 60 60 - 329 55 55

JORQUERA PIANOS

PIANOS 2.500 ptas. al mes.

Ahora tiene usted la gran oportunidad de adquirir su piano en las mejores condiciones económicas. Queremos facilitarle una compra que quizás haya deseado largo tiempo.

CONSULTENOS

EXPOSICION Y VENTA:

Avda. Catedral, 10 - Tel. 319 60 96

TURISMO CARRERA DE TECNICO EMPRESA TURISTICA (Título Oficial)

Información y matrícula

CEET

CANUDA, 20 planta 3ª

(Plaza Villa de Madrid)

Teléfono 221 35 45

BARCELONA

CENTRO DE ESTUDIOS TÉCNICOS TURÍSTICOS

Centro Legalmente Reconocido (B. O. 304 de 20-12-69)